

### 31. MANANTIAL QUE SALTA HASTA LA VIDA ETERNA

**Introducción.** Hay parábolas que son así consideradas porque son fáciles de catalogar. Tienen elementos comunes, como la temática tomada de la naturaleza o de la vida cotidiana. Pero en el Evangelio hay otras que pasan desapercibidas, pero que esconden una luz que conviene señalar y acoger. Hoy nos acercamos a la oferta que Jesús le hace a una mujer profundamente insatisfecha y con un pasado nada reconciliado. Es la parábola en la que Jesús le propone su gran cambio, su gran conversión, su renacimiento. “Metanoia” lo traducimos por “conversión”, “arrepentimiento”, pero en griego significa “ir más allá de la mente”. Pasar de una vivencia en la escasez, en la dualidad, en la fragmentación, en el todos contra mí, que me lleva a la frustración y al victimismo. Jesús invita a la mujer de Samaría a no vivir en la demanda, en el anhelo, en lo que me falta, sino vivir en el reconocimiento de lo que ya hay, de lo que ya se es, de la grandeza con la que Dios nos reviste. La parábola del manantial nos ejemplifica ese paso del demandar al dejar que se expresa la riqueza de vida que nos habita.

**Lo que Dios nos dice.** *«Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial de agua que salta hasta la vida eterna». La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla» (Jn 4,13-15).*

Para nuestros oídos tan moralizados, tan educados en lo correcto e incorrecto, malo y bueno, se puede o no se puede. Donde hemos activado una mirada evaluativa, sobre todo como jueces a tiempo completo. Jesús nos invita a inaugurar una nueva forma de acogerlo todo. Pasar de concebirnos como los dueños poseedores de la vida y de sus reglas. A descubrir en nosotros, la presencia de un manantial, de una fuente de la que brota la vida de Dios. Y desde ese manantial nos podemos sentir uno con toda la realidad. No vivimos en franca oposición a los otros. Soy uno con todo. Tener hambre y sed de esa agua viva es desear esa conexión intensa con la vida de Dios. Jesús promete a esa mujer que cuando surja dentro de ella esa hambre por encontrar más vitalidad, más profundidad, más sentido, más amor, lo que está buscando en entrar en la vitalidad del manantial que es el mismo Dios. Solo en Él nuestra hambre y sed quedan satisfechas. Tener hambre y sed es en sí misma la señal de que esa conexión ya se ha establecido.

*«Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor tiene que ver con el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor. Nosotros amemos a Dios, porque él nos amó primero» (1Jn 4,16-19).*

A medida que vamos entrando en el camino de la transformación, el más valioso aliado que tenemos es nuestro propio anhelo, nuestra hambre y sed. Porque si no, no buscamos el manantial. El anhelo y la sed que tenemos de Dios, es el anhelo que Dios tiene por mí, por nosotros. El ojo y la mirada con la que miramos a Dios es la mirada con la que Dios nos ve. *«Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios» (1Cor 13,12).* Cuando buscamos y anhelamos, vibramos en sintonía con un conocimiento más profundo del corazón con la certeza de que aquello que buscamos se nos ofrece y se nos da. Cuando pedimos que Dios tenga compasión de nosotros, lo que estamos pidiendo es que el manantial de vida y de amor que es Dios mismo se una a nuestra humanidad para dejar que esa vida de Dios fluya a través de nosotros. El intercambio es la propia naturaleza de la vida y todas las cosas comparten la vida de Dios y su Gloria a través de esa danza eterna del dar y recibir.

*«Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!». Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él» (Rom 8,14-17).*

**Cómo podemos vivirlo.** Dar es recibir y recibir es dar. ES la naturaleza propia del amor de Dios. No hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Dejar que el manantial se active en nosotros es dejar de vivir buscando nuestro interés y ofrecernos en la entrega generosa de la propia vida.